

gio del Tribunal, doctrinalmente se insertó en la oleada antimolinista que siguió a la condena romana de Molinos y que dio lugar en España a los procesos contra grupos de «alumbrados». En uno de estos procesos, el celebrado a los «alumbrados» de Llerena (Extremadura) [1570-1585], se vio afectada la Compañía que fue acusada de propiciar el fenómeno. A raíz de estos hechos los ignacianos se apartarían de todo cuanto pudiera ser asimilado a una espiritualidad quietista: en 1574 el prepósito general P. Mercuriano, prohibió al provincial de Toledo, Antonio Cordeses, enseñar o difundir la oración afectiva o de quietud; se orientarían los *Ejercicios espirituales* con una dirección ascética, omitiendo los rasgos contemplativos. En este clima, se explicaría la acusación del jesuita Ovalle ante una posible aparición de quietismo en sus propias filas.

Muy acertada la inclusión en apéndices de cinco escritos de Ulloa que permiten al lector comprobar algunos de los aspectos tratados por Millar: entre ellos, la valoración positiva de la oración vocal por el jesuita chileno, frente a lo constatado por algunos de los testigos; el valor de las obras para la perfección cristiana, contra los postulados quietistas.

Fue acusado Ulloa de desaconsejar la confesión sacramental para los iniciados en la oración contemplativa, tema, de gran relevancia para el juicio acerca de las enseñanzas del jesuita chileno. En los escritos de Ulloa seleccionados no aparece mencionado el sacramento de la penitencia; sin embargo, no es extraño esta ausencia y no confirmaría la acusación lanzada contra el jesuita chileno teniendo en cuenta que el P. Ulloa se dirige en ellos a hombres y mujeres que ya conocen las exigencias de la vida cristiana. Los textos de Ulloa son un escrito dirigido a uno de sus discípulos, y cuatro sermones o pláticas dadas a monjas clarisas y a novicios de la Compañía.

El estudio, enriquecedor para los interesados en el tema inquisitorial, aporta datos valiosos sobre la vida espiritual de Santiago de Chile a comienzos del siglo XVIII. La remota capital

de Chile compartía las tendencias de la espiritualidad que circulaban en este lado del Atlántico.

E. Luque Alcaide

Jaime OLVEDA, *La Cofradía de la Virgen de Aranzazú de Guadalajara*, El Colegio de Jalisco-Instituto Cultural Ignacio Dávila Garibi, Zapopan (Jalisco) 1999, 115 pp.

Jaime Olveda, investigador de El Colegio de Jalisco, pone a nuestra disposición en este libro una documentación de primera mano sobre la Cofradía de Aranzazú (así llamada en México) de Guadalajara. El fenómeno asociativo de las cofradías tuvo en la cristiandad desde el medioevo hasta el choque revolucionario del siglo XIX una importancia grande en el horizonte socio-cultural y religioso del Occidente cristiano, como ha recordado Gabriel Le Bras. En América florecieron entre los diversos grupos étnicos. La cofradía proporcionó al indígena un foro de decisiones y de actuación libre que, sin duda, como sostiene una buena parte de la historiografía contribuyó poderosamente a arraigar el cristianismo entre los naturales americanos (Charles Gibson, Asunción Lavrin, Alicia Bazarte).

La emigración vasca dio lugar, ya desde el siglo XVI, a la fundación de cofradías en que se agruparon los emigrantes en torno a las devociones de las tierras de origen y en las que recibían acogida los hombres recién llegados: primero en la península: Sevilla (1540), Cádiz (1626); poco después empezarían en tierras americanas: Potosí (fines del XVI), Lima (1612), México (1681), Guadalajara (1774).

La cofradía vasca de Guadalajara fue promovida por el vasco-criollo Tomás Basauti, hacendado de Guanajuato. Estaba abierta, como su análoga de México, a los naturales y originarios de las provincias de Guipúzcoa y Álava, del Señorío de Vizcaya con sus encartaciones, y del Reino de Navarra.

En el estudio preliminar, Olveda presenta la génesis de la citada cofradía, su desarrollo

posterior, los fundadores y datos de otras cofradías de la ciudad. Es el marco para acompañar los apéndices documentales: el acta de creación y las constituciones; la real cédula de aprobación, fechada el 15 de julio de 1776; una novena a la Virgen de Aranzazú, escrita por un anónimo devoto; y el sermón pronunciado por el minorita Fr. Joseph Buenaventura Guareña, en la misa solemne celebrada por la cofradía en la fiesta de la Virgen titular, el 11 de septiembre de 1796.

Esta publicación, de evidente interés para la historiador que se acerque al tema, encierra elementos valiosos para otras líneas de investigación: por ejemplo, para la historia de las mentalidades y de la vida religiosa del vascoamericano.

E. Luque Alcaide

Scarlett O'Phelan Godoy (comp.), *El Perú en el siglo XVIII. La Era Borbónica*, Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva Agüero («Publicación del Instituto Riva-Agüero», 179), Lima 1999, 450 pp.

El libro recoge un ciclo de conferencias que tuvo lugar en el Instituto Riva-Agüero dependiente de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en Lima. Se incluyen trabajos de quince especialistas profesores o investigadores de la citada Universidad Pontificia, algunos de ellos formados en Estados Unidos (Universidad de Columbia, NY, Universidad de California, en San Diego), en España (Universidad Complutense de Madrid), en Brasil (Universidad de São Paulo). Como invitado, intervino un profesor de la Universidad Antonio de Nebrija, de Madrid. Scarlett O'Phelan, conocida especialista en las rebeliones indígenas durante el virreinato, coordina el trabajo. Procedente de la University of London, es actualmente profesora de la PUCP y miembro del Instituto Riva-Agüero.

Una parte de los trabajos estudian temas económicos; afrontan otros el desarrollo de la educación, de la ciencia, del urbanismo, de la militarización del XVIII. O'Phelan, en su tra-

bajo «Repensando el Movimiento Nacional Inca del siglo XVIII», recoge la tesis, ya sostenida en otras ocasiones, de dos facciones indígenas en el Cuzco del XVIII: frente al nacionalismo Inca representado por Túpac-Amaru, se situaría un sector de familias Incas del Cuzco, ennoblecidas por los Borbones; algunos de los miembros de esta nobleza indígena, que habían accedido a las nuevas milicias y al clero, se habían insertado en la órbita hispana, y se enfrentarían al levantamiento de Túpac-Amaru.

Víctor Peralta Ruiz, de la Universidad Antonio de Nebrija, de Madrid, en *Las razones de la fe. La Iglesia y la Ilustración en el Perú, 1750-1800*, se plantea la existencia de un catolicismo ilustrado en el Perú. Lo hubo, pero fue tardío, pues sólo arranca en la segunda mitad del siglo; lo introdujo el Despotismo ilustrado oficial, con su pretendido control regalista sobre las instituciones eclesiásticas, especialmente sobre la Compañía de Jesús, sobre la Inquisición y sobre el clero local; en esa óptica, Peralta se hace eco del debate antiprobabilista del Concilio limense de 1772-1774.

A partir de 1780 arrancarían, según Peralta, una Ilustración católica promovida por prebendados como Martínez de Compañón, estudiado con profundidad por Daniel Restrepo (*Sociedad y religión en Trujillo [Perú] 1780-1790*, Vitoria 1992), y por los colaboradores, clérigos y laicos, del «Mercurio peruano», analizado por Jean-Pierre Clement (*El Mercurio Peruano 1790-1795*, Madrid 1997 (AHig 9 [2000] 586-589). Tal corriente reformista que se desarrolló al margen de la corona, no entró ya en el debate antijesuita, difundió la ciencia y la educación popular y promovió la renovación del catolicismo entre los peruanos. Buscaba, afirma Peralta, un encuentro práctico entre la razón y la fe. De hecho, el A. apunta, sin llegar a sacar todas las consecuencias, a un reformismo eclesiástico autónomo en el Perú a fines del XVIII. Lo distingue de la Ilustración católica española por la dependencia de los peruanos con respecto del regalismo oficial. Sin embargo, y en mi opinión, en buena parte